

Cuatro Poetas Populares

por Sebastián Salazar Bondy

Tiene el cronista ante sí los originales de cuatro poetas obreros, páginas que son la base de una antología que pronto entrará en prensa por el esfuerzo editorial de los propios autores. Ellos y otros escritores populares han fundado el "Grupo Intelectual Primero de Mayo", cuyos propósitos fundamentales son difundir la cultura en los medios proletarios y fomentar la creación literaria y artística entre los trabajadores. No los guía otro interés que el de elevar el nivel espiritual de su clase, sin banderías ideológicas exclusivas, como una manera más de promover el desarrollo de la cultura peruana. Estimular la iniciativa, sobre todo si ella, como es evidente, es pareja de una calidad sorprendente, constituye un deber, y eso es lo que se propone esta nota a la cual no inspira ningún criterio indulgente.

Los cuatro poetas cuyos trabajos acaba de leer el comentarista son efectivamente cuatro obreros. José Guerra Peñaloza, el primero de la serie, es un hombre de extracción campesina. Ha trabajado como minero, yanacóna y ferroviario, y en la actualidad se desempeña como empleado y estudiante. Sus versos manifiestan un afecto fraterno, una ternura solidaria, un ánimo de estrechamiento humano, hacia todos aquellos que, como él están entregados a las tareas laboriosas. Eso es lo que se desprende de poemas tan sencillos e intensos como estos:

Hoy he recorrido el viento,
el planeta de los hombres incansables,
y pienso en las disciplinadas hormigas
y en el vuelo acompasado de las abejas.
¡Qué panorama universal de faenas
y qué alegría en los talleres encantados!

A él como a los otros, sin embargo, los arrebató una tristeza, una desolación íntima y oscura, la que, sin duda, emana de la desdichada condición de su clase, y junto con este sentimiento se da una rebeldía que los impulsa a empapar sus palabras en un agría tinta de queja y protesta. En quien menos se distingue esta característica es en Carlos Loayza, albañil piurano, que a pesar de no haber cursado más allá del tercer año del primer ciclo de instrucción, dice cosas dignas de esos artistas cultivados y sutiles, cuyos ojos penetran la naturaleza y la desbrozan. El firma este poema bucólico, bello epigrama que parece descender de la más antigua e ilustre tradición lírica del idioma:

En simple trenza de fuego, amada,
arde la espiga de nuestro abrazo.

Eres la chispa añil del crepúsculo
que cierra los párpados del sol.

Soy apenas el manojito de sangre
que alumbra los nuevos frutos del silencio.

Sobre Víctor Mazzi, albañil también, ha escrito Alejandro Romualdo un artículo penetrante. Igualmente el autor de estas líneas ha comentado la obra inédita de este excepcional poeta popular. Se trata de un creador entero, de visión singular, dotado como pocos de los atributos de equilibrio y revelación que señalan al hombre nacido para hacer una canción de cada experiencia. Su humildad personal es paralela a su poder de transformar el mundo en crisol de mágicos reflejos. De ahí que cada vez que contempla el universo y la vida su pecho exhale una exclamación entusiasta, como la que sigue:

Viva el que vive, viva el que ha de vivir.
Vivamos al pie de la célebre esperanza,
en el llano combatiente de los días,
en ti, en mí, en el deslumbramiento diario.

Leoncio Bueno es autor de un libro inédito —"Cuadernos de un Condenado"—, escrito en El Frontón entre 1953 y 1955, y en él ofrece una especie de diario personal de su interioridad, de su transcurso secreto, durante sus años de prisión. Es un libro fuerte, grave, hermoso. En el que retumba, bajo los versos tensos, el corazón impotente del injustamente castigado. Uno se siente tentado a transcribir uno a uno los poemas de este hombre iluminado, cuya simplicidad parece la de un sabio. Imágenes claras y cargadas de belleza, austeridad expresiva, hondura, son algunas de las características personales de Bueno, quien además es el que comanda al grupo de escritores que se han propuesto lanzar esta antología. Baste para demostrar sus valores este fragmento, con el que culmina una meditación sobre la vida en la isla penal:

Felizmente hay horas de paz entre mis temporales,
Horas en que el beso del mar vuelve verdes las
(rocas.

Entonces, echo a volar al cielo mis palomas,
Miro a la costa y pienso en un mañana espléndido,
Veo sus ojos tibios mirándome desde un niño.

Guerra, Loayza, Mazzi y Bueno son testimonio de una riqueza que algún día se manifestará con toda su plenitud. Mientras tanto, es un deber alentar su labor literaria, llevada a cabo en las horas que les dejan libres sus arduos quehaceres, para ejemplo de quienes teniendo posibilidades y medios se han empeñado en la esteril lucha de las camarillas mezquinas. Los cuatro poetas proletarios son trasunto de que la poesía está en nuestro pueblo y que suele manar del alma de algunos seres generosos y genuinos, libre de todo compromiso que no sea vocacional, como un agua pura que todo lo embellece.